



La enigmática muerte de Antoni Gaudí



- Una semana antes de la pascua del Papa Francisco, el 14 de abril de 2025, se publicó que el Santo Padre había declarado venerable a Antoni Gaudí después de haber aceptado los votos favorables de los consultores historiadores, teólogos, cardenales y obispos del Dicasterio de las Causas de los Santos de la Santa Sede.
- En este relato, el sacerdote catalán Jaume Aymar se vale de la perplejidad ante las circunstancias de la muerte del afamado arquitecto para realizar un repaso por su vida íntima. El autor es sacerdote de la archidiócesis de Barcelona y doctor en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Es profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Ramon Llull y de la Facultad de Ciencias de la Comunicación Blanquerna, y autor de numerosos libros y artículos. Ha organizado exposiciones temporales y permanentes.
- Este texto fue publicado en Humanitas n°111, todas las referencias están disponibles en www.humanitas.cl.

POR JAUME AYMAR

Cada vez que me acerco a la edad que tenía Antoni Gaudí al morir, más le entiendo. Y puedo entender que aquel 7 de junio de 1926, acabada la jornada laboral, fuese caminando solo, como cada atardecer, a un acto eucarístico, y, también para hablar con su director espiritual, el padre Agustín Mas, en el Oratorio de Sant Felip Neri de Barcelona. Y puedo entender que fuese distraído, como solía ir, pensando en el Templo y en aquellas cosas “muy bonitas” que, al día siguiente, tenía que realizar con uno de sus ayudantes, Vicente. Así se lo dijo en el momento de abandonar la obra. Estas cosas “muy bonitas”, estas soluciones creativas que le surgían constantemente, nunca se podrán saber: se las llevó a la tumba.

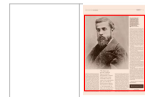
Y puedo entender que, al querer cruzar la avenida más ancha de Barcelona, la Gran Vía de *les Corts Catalanes*, no pasara por el paso de peatones, porque entonces todo el mundo cruzaba como podía y quería, y casi puedo entender que el pobre conductor del tranvía 30 ni se detuviera, porque, dicen que, entonces, los tranvías no solían detenerse fuera de las paradas, aunque atropellaran a alguien. Y puedo entender que, caído al suelo, lo tomaran por un vagabundo, porque llevaba la barba mal cortada, el guardapolvo manchado, imperdibles en lugar de botones, las rodillas vendadas y los bolsillos llenos de frutos secos, porque Don Anton era higienista y seguía los consejos del abad Sebastian Kneip. Y casi puedo entender que no llevara encima documento alguno porque era bastante conocido en el centro de la ciudad y en otros barrios. Y casi puedo llegar a entender que fuera el vigilante del templo el único que se diera cuenta, a las diez de la noche, de que algo ocurría, porque Don Anton, ausente desde las cinco y media de la tarde, aproximadamente, no había vuelto a su estudio y dormitorio en el recinto del propio Templo. Gracias, olvidado vigilante de la Sagrada Familia, si no hubiera sido por ti, quizás Gaudí habría muerto solo en una cama de cualquier dispensario, y sus restos habrían ido a parar a una fosa común, como fueron arrojados, años después, los restos de sus parientes, enterrados en el Cementerio de Poblenou, porque ya nadie se hacía cargo de la tarifa del nicho, aunque en la lápida pusiera visiblemente “Gaudí”.*

Pero no puedo entender cómo la Junta Constructora,

su fiel secretario, Joan Martí Matlleu*, o los discípulos de Gaudí, Josep Maria Jujol, también profundamente religioso, Josep Francesc Ràfols Fontanals, delineante del Templo (que, después, a la muerte del maestro, inventarió y catalogó todo el archivo personal de Gaudí) o un trabajador fiel como Vicente, o uno de los vecinos del barrio de Poblet que le sirvieron de modelo, o el mismo mosén Gil Parés, abnegado sacerdote, custodio del templo, permitieran que cotidianamente, un anciano de setenta y tres años –un sabio distraído–, fuera solo, haciendo el mismo recorrido por las transitadas calles de Barcelona, expuesto a todo. ¿Por qué no le ponían cada día un acompañante? Gaudí enseñaba a cada paso, y a ese hipotético discípulo le hubiese dado lecciones peripatéticas sobre la Ciudad Condal que el reusense* amaba como si fuera la suya. Tal vez él mismo, con su fuerte carácter se resistía a ello, a que le acompañasen, pero no hasta el punto de dejar de escuchar un consejo sensato. Y de hecho sabemos, porque él mismo lo afirma, que uno de sus mejores biógrafos, Joan Matamala le acompañó, en algunas ocasiones de regreso, desde el Oratorio a la Sagrada Familia.

No puedo entender que hasta tres taxis pasaran de largo frente a un anciano ensangrentado sobre los adoquines de la Gran Vía de las Cortes Catalanas; no, no puedo entender que tuviera que ser por fin un guardia civil, Ramón Pérez Vázquez, el que conminara a un taxista a detenerse para recoger el frágil cuerpo del hijo del Camp de Tarragona, ya herido de muerte. No puedo entender que mosén Gil, el capellán custodio, pusiera en marcha al vigilante del Templo para que recorriera los dispensarios de Barcelona, sin implicarse él inmediatamente y que pasaran más de cinco horas hasta que reconocieran al Dante de la arquitectura, agonizante pero lúcido y musitando, “Dios mío, Dios mío”.

En junio de 1926, Gaudí se debía sentir profundamente solo. Habían muerto sus padres, Francesc y Antonia; sus hermanos, Rosa y Francesc; su sobrina, Rosita Egea, a quien había cuidado como a una hija; sus admirados vates, Jacinto Verdaguer y Joan Maragall; su mentor, Joan Martorell; su mecenas, Eusebio Güell; su estimado calculista, Francisco Berenguer... Gaudí estaba de luto. Y aunque él decía que su soledad era el mejor estado para dedicarse al Templo, qué duda cabe de que llevaba en el



“Me alegra que, por fin, la Iglesia haya reconocido oficialmente a Antoni Gaudí Cornet como venerable. Pero me sumo a los testimonios que, ya a raíz de su fallecimiento dijeron: “ha muerto un santo”. (...)su conversión, su vida y su entrega hasta el final de sus días ya fueron milagrosas”.

corazón tantos nombres de seres ausentes. Es cierto que su muerte conmocionó Barcelona, pero sólo por unos días. Meses después, la Ciudad Condal empezó a olvidar a Gaudí y a la Sagrada Familia. *Noucentistes* como Josep Carner, ya habían ironizado sobre Gaudí en vida recogiendo el sentir de muchos que pensaban que su arquitectura era extravagante. En los grises años de la postguerra civil española, si no hubiese sido porque Joan Antoni Maragall (el hijo del poeta) y Juan Claudio Güell (el nieto del mecenas), todas las semanas, iban con el talonario en mano, a pagar a los trabajadores, las obras del Templo Expiatorio se hubiesen paralizado. No debemos olvidar que la figura de Gaudí empezó a recuperarse en los años cincuenta, gracias principalmente a Salvador Dalí y a la *performance* del Park Güell (29 de septiem-

bre de 1956). El máximo gaudinista que he conocido, Joan Bassegoda Nonell, nos decía en la Cátedra Gaudí, que, si Don Anton no hubiera muerto en junio de 1926, con toda probabilidad le habrían asesinado en julio de 1936 con la revolución anarcosindicalista del principio de la guerra civil, como asesinaron a Mosén Gil Parés y a diversos laicos, hombres y mujeres, afines al Templo. Otra prueba fehaciente de este rechazo de un sector de la población es que el estudio de Gaudí, con sus manuscritos, los libros, los planos, las maquetas, las apoyaturas de sus intuiciones, fueron quemados impunemente. Cualquier persona mínimamente sensible se siente desolada ante esta injusta destrucción.

¿Hubo alguna intencionalidad en este atropello? ¿Hubo algún ajuste de cuentas? Algunos autores han afirmado que Gaudí

“Pero no puedo entender cómo (...) permitieran que cotidianamente, un anciano de setenta y tres años –un sabio distraído–, fuera solo, haciendo el mismo recorrido por las transitadas calles de Barcelona, expuesto a todo. ¿Por qué no le ponían cada día un acompañante? Gaudí enseñaba a cada paso, y a ese hipotético discípulo le hubiese dado lecciones peripatéticas sobre la Ciudad Condal que el reuseñe”. En la imagen, Antoni Gaudí fotografiado por Pau Audouard en 1878.

perteneía a la masonería. Bassegoda estaba convencido de que no era francmasón. Se basaba en las investigaciones realizadas por otra destacada gaudinista, la doctora Judith Rohrer, quien decía que en las pesquisas que realizó en la biblioteca Artús, la mejor sobre la masonería, nunca se había encontrado con el apellido “Gaudí”. Pero algunos gaudinistas sí que estamos convencidos de que el ahora llamado arquitecto de Dios, conocía bien la simbología masónica desde los años que, estudiando en Lonja, escrutaba la galería de símbolos esotéricos de los porches de Xifré, acreditado masón. Incluso el acreditado doctor Bassegoda me había dicho poco años antes de morir, que él sospechaba que Don Anton habría formado parte de un *sodalicio** encargado por el Vaticano de vigilar a los francmasones.

A Don Anton muchos le admiraban, entre ellos el padre de mi abuela paterna, Dionís Monton Bonet, escultor en piedra y colaborador suyo. Pero muchos le envidiaban y otros, tal vez, le odiaban.

Y entonces estoy en condiciones de entender que el tranvía que le atropelló fuera, precisamente, el 30, lo que llamaban de la Cruz Roja, una benemérita institución filantrópica de raíz esotérica. Entonces puedo entender lo que alguien ha escrito de la misteriosa mano que le empujó... ¿Cómo Barcelona puede permitir que un hijo adoptivo suyo que le ha dado fama mundial, fuera solo por sus calles, inmerso en su mundo?

Me alegra que el doctor Josep Trueta Raspall, que había de salvar tantas vidas en la guerra civil, ordenase que el cuerpo agonizante del arquitecto fuera trasladado de la sala general a una individual, la de los distinguidos, pues previó que acudirían muchos periodistas* como así ocurrió.

Me alegra que, por fin, la Iglesia haya reconocido oficialmente a Antoni Gaudí Cornet como venerable. Pero me sumo a los testimonios que, ya a raíz de su fallecimiento dijeron: “ha muerto un santo”. Sin prevenir el juicio de la Santa Madre Iglesia, no hace falta otra curación: su conversión, su vida y su entrega hasta el final de sus días ya fueron milagrosas. Y en cierto sentido, lo fue también su muerte paradójica y oscura, diez años antes de la persecución religiosa, a veces instigada y otras tolerada, por cierta sociedad secreta.

* Encuentre todas las referencias en www.humanitas.cl.

FONTEFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
HUMANITAS
 REVISTA DE ANTHROPOLOGÍA Y CULTURA CRISTIANA

Veintiséis años sirviendo al encuentro de la fe y la cultura
www.humanitas.cl